

EL ECO LITERARIO.

SEGUNDA SÉRIE.

En Valencia 4 rs. al mes.

Núm. 27.--Domingo 4 de noviembre de 1849.

En provincias 15 rs. por trimestre.

ADVERTENCIA.

Tenemos el gusto de anunciar á nuestros suscritores como colaboradores del *Eco Literario*, á la distinguida poetisa señorita doña Rosa Butler, y á los literatos don Fernando Garrido, y don Felix Luzurriaga, conocidos en el mundo literario por sus bellas producciones y filosóficos escritos.

ESTUDIOS ECONÓMICOS.

Establecimientos de beneficencia.



AS casas de beneficencia, como casi todas las cosas de invención humana, han tenido fuertes defensores é impugnadores no menos resueltos. Si esta clase de establecimientos se hubiesen considerado y tratado separadamente en el orden económico y humanitario que presentan,

seguramente se hubieran evitado las controversias á que han dado lugar, y se hubiese economizado el tiempo y trabajo que tan inútilmente se ha empleado en escribir numerosos volúmenes.

Algunos creen, que aquellas personas que se encuentran en extrema necesidad, tienen derecho á reclamar de la nación un socorro suficiente para satisfacerla. Para que esta opinion fuera justa, sería preciso prebar que los males que padecen, eran una consecuencia del orden social, y que no se les habian proporcionado los medios suficientes para libertarse de ellos.

Si el hombre padece por consecuencia de su constitucion débil y enfermiza, ¿tendrá derecho á reclamar de la sociedad los medios de subsistencia?

Si abandonado á una vida desordenada é indolente acaba con los capitales que daban pábulo á la industria y pan á numerosas familias, ¿tendrá derecho á pre-

sentarse ante la misma á quien tantos males causó para pedirle socorros?

Dejemos la solucion de este problema á aquellos que se ocupen de esta materia considerándola humanitariamente, y pasemos á ocuparnos de ella en sus relaciones económicas.

La primera pregunta que suele hacerse consiste en si estos establecimientos disminuyen el número de pobres, proporcionando á la sociedad un alivio positivo, ó si los aumenta ocasionando á la misma graves y trascendentales perjuicios.

Los establecimientos de beneficencia pueden considerarse en general como una caja-banco ó de prevision á la que cada contribuyente aporta una pequeña parte de su renta ó de sus capitales para recurrir á ella en circunstancias desgraciadas.

El hombre poderoso no es presumible que al conceder una parte de sus haberes á las casas de beneficencia, tenga la intencion de poder un dia reclamarlos como un derecho. Estamos seguros que la humanidad es el único motivo que impulsa su accion generosa. Pero aunque el potentado parece estar á cubierto de la inconstancia de la fortuna, ¿cuántos hemos visto sucumbir en la miseria mas espantosa cuando en otros tiempos mas favorecidos de la suerte contaban los criados por cientos y sus talegas por miles! Esperiencias terribles que se aprecian en las posiciones criticas de la vida, pero que solo dejan un débil y ligero recuerdo en la prosperidad.

Sería una cosa dulce y consoladora que la sociedad enjugara con paternal mano las lágrimas del infortunio no merecido; pero por desgracia existen males que se fecundizan y multiplican á proporcion que se les alivia.

En todo pais de civilizacion adelantada, la poblacion se reproduce con mas facilidad que los medios de subsistencia, y por consiguiente, tiene una tendencia marcada á sobrepujarlos. Por este motivo, por muy considerables que sean los socorros concedidos á la clase indigente, siempre queda una parte de ella reducida á las mayores privaciones y á la mendicidad; especialmente en momentos de grandes sacudimientos políticos. Ningun gobierno, dice el economista italiano Ricci, sino el austriaco, á fines del siglo xvii, puso freno á la ilimitada caridad, la cual en vez de ser un remedio de la pobreza, no sirve mas que

para aumentarla, promoviendo una poblacion que esceda á las subsistencias y por consiguiente miserable y viciosa.

La Inglaterra ha experimentado las fatales consecuencias de sus leyes relativas á los pobres, y ha visto aumentarse el número de necesitados que pedian socorros á proporcion que se acrecentaban los ya concedidos.

Los hospitales para esfermos y los hospicios para niños, descargando la clase indigente de sus miembros, le permite multiplicarse algo mas y se contentará con salarios mas bajos que sin esta circunstancia.

Recibiendo esta clase en masa salarios menos crecidos, á consecuencia de los socorros que se le ofrecen, nada gana con los establecimientos de beneficencia. Los empresarios y consumidores, si obtienen productos algo mas baratos, contribuyen por otra parte á suministrar los socorros que ocasiona esta corta economía que ellos hacen sobre los salarios.

Los establecimientos que en concepto nuestro merecen ser protegidos por los gobiernos, son aquellos que tienen por objeto prestar socorro á los individuos que por defecto natural se encuentran imposibilitados de proporcionarse los medios de subsistencia. Los sordo-mudos, los ciegos y todos aquellos que carecen ó tienen imposibilitado algun miembro, deben ser asistidos por la sociedad, á fin de evitar cuadros de repugnante miseria. Por otra parte, es mucho mas ventajoso á la nacion tenerlos recogidos en establecimientos bien montados, donde pueden contribuir con un trabajo moderado á ganarse la subsistencia. Instituciones de esta naturaleza tienen la ventaja de no aumentar el número de los que piden socorro, porque nadie se ocasionará un mal grave para lograr sin trabajo una subsistencia modesta.

Mayores consideraciones merecen los inválidos militares que se han sacrificado en defensa de la patria. Estos tienen un derecho á exigir socorros, y la sociedad la obligacion de satisfacerles una deuda sagrada.

Solo una observacion tenemos que hacer respecto al modo como se prestan los ausilios á esta última clase. Reunidos en cuarteles, bajo la inspeccion del gobierno, le cuesta á este, por regla general, mas cara su manutencion, un duplo ó un triplo que si cada inválido viviese en su casa propia recibiendo una pension proporcionada á sus necesidades.

El lujo fastuoso del cuartel de inválidos de París hace tan cara la subsistencia de sus individuos, que por observaciones hechas por el abate Saint Pierre, cada individuo consume el triplo de lo que necesitaría para vivir en su pueblo.

No pudiendo la sociedad ser obligada como cuerpo político á prestar socorros á aquellos necesitados que lo son por culpa propia, ¿le convendrá abandonarlos á los horrores de la miseria y á sus consecuencias inevitables, el vicio y quizá el crimen? ¿No será mas útil, mas conveniente y mas conforme á la humanidad

prestarles algunos ausilios para evitar el triste espectáculo de los sufrimientos de la miseria? ¿Su seguridad misma no exige que se ponga á cubierto del peligro á que le esponen ciertas enfermedades, como son la locura, las pestes y otras de la misma naturaleza? Dejando á una parte los innumerables socorros que la beneficencia pública proporciona, es un deber de todo estado bien constituido asistir con mano pródiga ciertos infortunios.

Esto último tiene el inconveniente que hemos indicado al principio de este escrito: hacer poco previsores á los hombres por la seguridad de hallar socorros aunque sus imprudencias les hayan colocado en situacion de reclamarlos. Mr. Comte ha observado que los numerosos establecimientos instituidos en Inglaterra para las paridas y mugeres arrepentidas, en lugar de disminuir el número de estas, ha aumentado de una manera prodigiosa originando mas males que los que se trataron de aliviar. Estas instituciones hacen inciertas las penas coercitivas, sin quitar nada de su realidad. Obran de la misma manera que las loterías; dan esperanzas á cuantos quieren correr algun riesgo; para cada individuo á quien salvan ellas de una completa ruina, causan la de otros infinitos.

Ninguno de los inconvenientes espresados existen cuando se da trabajo al pobre que lo pide voluntariamente. La sociedad tiene aqui una ventaja positiva; pues dando empleo al que se ve reducido á la mendicidad, sea por la causa que fuere, aumenta su producto anual y evita los crímenes consiguientes á la miseria.

El movimiento progresivo de los pueblos modernos, deja no pocas veces sin ocupacion á muchos obreros honrados y seria una injusticia cruel sujetarles á una vida penosa y de agonía.

De todo lo dicho deducimos, que los gobiernos deben estudiar las causas que originan los males públicos, y emplear cuantos medios les proporcione el poder para evitarlos, y al propio tiempo ausiliar aquellos infortunios, hijos las mas veces de un errado cálculo mercantil, de una mala cosecha y no pocas veces de la invencion de una máquina que facilita el trabajo.

Miguel Jorro.

A LA SEÑORITA DOÑA P.^a A.^o

¿No es verdad que mi esperanza
Es una esperanza loca?

Luz de fúlgida belleza,
Encanto que el alma adora,
Di, ¿qué valen mis suspiros,
Ni mis emociones todas?

¿Y qué mi pasión ardiente
Ni mi fantástica gloria?
¡Nada! estrella de mi vida,
¡Nada! imagen seductora.

Que aunque tu recuerdo exista
Siempre fijo en mi memoria....
«¿No es verdad que mi esperanza
Es una esperanza loca?»

Y bien, alma de mi alma;
Si el desengaño no agosta
La flor de la simpatía
Y lleva al viento sus hojas,
¿Cómo no amarte? es delirio
Que nunca el despecho logra,
Cuando eres el grato cielo
De una existencia ilusoria.

Y aunque tú en mi corazón
Todo el sentimiento absorvas,
«¿No es verdad que mi esperanza
Es una esperanza loca?»

Si, ángel bello, que tus ojos
Hacia otra esfera se tornan,
Y tal vez ansiosos giran,
Y en tus esperanzas gozan.

¿Por qué vi ya su luz pura,
Como llama transitoria
Abrasando el corazón
Que aun ávido la atesora?

Y á pesar del esplendor
Que es mi inspiración.... hermosa
«¿No es verdad que mi esperanza
Es una esperanza loca?»

Si reina del pensamiento,
Si de mi pasión aurora,
Si eres mi ensueño sublime,
Y mi adoración preciosa,

¿Por qué he de romper mi lira,
Y han de ser tristes memorias
Las que viven en mi mente,
Y las que el amor invoca?

¿Y si el amor es la vida?

¡Siendo la vida tan corta!...

¿Por qué ha de ser mi esperanza
Solo una esperanza loca?

F. de Paula Gras.

UN APUNTE DE MI CARTERA.

PROBLEMA FILOSÓFICO-SOCIAL.



En uno de mis viajes forzados, ó hablando segun los modernos diplomáticos: en una de mis mudanzas de domicilio, y en una populosa ciudad de España, encontré un amigo y compañero de glorias y fatigas, destinado tambien á comer el amargo pan, como verdaderos hijos de Eva. Con

tan plausible motivo, no dudará el lector el que nuestros corazones se entenderian desde luego, y que nuestros pensamientos marcharian acordes y uniformes en todo. Efectivamente, así fue, y al poco tiempo, juntos, salimos de la referida ciudad y emprendimos nuestra caminata *pedibus andando* en busca de nuestro *refugium peccatorum*, si bien alegres de cascos, con los bolsillos vacíos, cualidad que para los *turronistas* (1) es de mal agüero, pero no para nosotros, que necesitábamos en aquella ocasión, como en otras muchas, *ejusdem generis*, el ir ligeros y de prisa, porque preferíamos el llenarnos de polvo, á *mojarnos los pies*.

Mi compañero, joven poeta, que habia sido colaborador de varios periódicos, segun él decia, y escrito algunos *renglones desiguales*, á quienes bautizaba él y suelen bautizar los aficionados, con el nombre de versos, empezó á cantar, *sotto voce* y con el recelo del que huye de los *espiones*, una especie de romance, cuya primera estrofa, era la siguiente:

Camino de Francia iba
Cantando así un escritor:

A Dios.....

Cuando en un.... os veré yo.

A Canarias.... canario....

¡Hombre, por las llagas de Sor Patrocinio! ¡enmudece! ¡enmudece! le grité. ¿No ves que pisamos todavía la tierra de Santiago el Mayor? Mi pobre amigo, después de un momento de reflexión, conoció que yo tenia razón, y acercándose, me dijo: «Chico, yo quería olvidar mis penas cantando; y puesto que no puede ser, te contaré una aventura que me acaba de suceder en esa ciudad (2) que acabamos de dejar; oyéme con atención, porque no quiero levantar mucho la voz; los *espiones* me dan miedo.» Y sin mas preámbulos, ni esperar siquiera mi beneplácito, me refirió lo siguiente:—Apenas hace una semana, serian las ocho y media de la noche, que al pasar por la puerta del teatro, en dirección al café, en busca de noticias periodísticas, se me acercó un joven con un pedazo de cigarro puro á pedirme lumbre. Mientras encendia la destrozada punta de cigarro, me dió tiempo á que le tomara bien la filiación y observara sus vestidos. Llevaba levitilla color verde claro, manchada, falta de un botón en el talle y con algunos agujeritos de polilla; pantalón raído, especie de *faccimile* de la moda, muy estirado por tirantes y trabillas; botas de un color rogizo subido y mas grandes que sus pies; guantes blanquiscos mayores que sus manos; corbata de percal floreado; un sombrero con la copa hundida y un bastoncillo cortado por la contera, con el que jugaba muy diestra y elegantemente. Encendido á duras penas el cigarro, hizo dos ó

(1) Aficionados al turrón de San Dionisio, y de noche buena. ¡Alerta!

(2) Disimule el taravilla: no sería ciudad de España, no puede serlo.

tres contorsiones, llevó la mano al sombrero, é inclinando el cuerpo, me saludó en estos términos y con voz afeminada y llena de amabilidad: «Merced.... abur.» Contempla, amigo mio, cómo me quedaria yo al observar aquel figurin y aquellos mímicos modales. Deseoso, pues, de conocer mas de cerca á un ente tan original, seguí la direccion que habia tomado hácia el teatro, y cuando creí que se hallaria ya sentado en su correspondiente luneta, lo veo de planton á la puerta misma del teatro. Me acerco, y sin mas preámbulos entablamos este diálogo:

—¿Sabe usted si ha empezado ya la funcion? le dije; y él sacando el lábio inferior y como distrayéndose con el baston, me respondió:

—Psit.... es regular.... ya será hora.

—Y usted no entra; vamos juntos.

—Psit.... hace mucho calor.... me apesta el calor. ¿No es verdad?

—Asi es; pero entonces ¿qué hace usted aqui? vámonos.

—Psit.... bien.... si se encamina usted á su casa, le dejaré en la puerta.... y vámonos pronto, porque estos lacayos me apestan; y señalaba á los criados, cocheros ó tartaneros, que esperaban á sus amos á las inmediaciones.

—Pero usted estaba aqui confundido con ellos....

—No señor, no hay tal cosa; he estado separado de ellos *dos pasos* lo menos, y sus amos á fe que no van tan distantes de ellos en el coche.

En esto empezamos á andar y nuestro jóven tuvo buen cuidado de ponerse á mi lado izquierdo. Lo mismo fue notar como yo sacaba la petaca, que empezó á registrarse el bolsillo, y sacó una otra punta de tabaco habano; apenas advertí esto, le di una de los mios, y tomándolo arrojó la punta con desprecio, diciendo: «El tabaco fuerte me da tos.»—Es verdad, le dije, pero es mucho lujo. Y me respondió: «Psit..... Quien toma, tira.»

Aun no habíamos dado algunos pasos, le pregunté:

—¿Cómo se llama usted?

—Don Dieguito.

—¿Y los padres de usted?

—No los conozco, no los he conocido nunca.

—¿Y dónde vive usted?

—En esta ciudad.

—¿Pero en dónde duerme?

—Alli donde vivo.

Severas é indefinidas eran por demas estas respuestas; pero despues supe que eran exactísimas. Dieguito era efectivamente huérfano, no tenia padres; la dura cuna de los espósitos habia aridecido y secado su corazon desde la infancia. Dieguito vivia en toda la ciudad, y cuando pasaba de su gabinete á la sala, era cuando salia del café para ir al paseo.

Sigamos la empezada conversacion.

—¿No tiene usted oficio ninguno? ¿no le han enseñado nada?

—No.

—¿Ni á leer?

—Nada.

—¿Tiene usted parientes, ó alguna herencia?

—No.

—¿Gana algo de algun modo, ó tiene de dónde sacar para mantenerse?

—No.

—¿No tiene usted casa, ni le cuida nadie?

—Nadie.

—¿Pasará usted muchas necesidades; no descansará?

—Muchas veces cuando tengo un real, me dan cama en una posada, y suelen fiarme hasta cuatro noches: pero ya las debo....

—Ya ve usted. ¿Y cuando no hay una peseta en su bolsillo, como ahora? ¿qué hace?

—Para estos lances tengo un sereno conocido, que cree me llamo Domingo Pardiño, me pongo á su lado, le regalo las puntas de mis cigarros, y él en cambio parte conmigo su capote.

—Pero ¿y asi que amanece?

—El sereno se retira por su camino y yo me marchó á la fuente, alli me lavo, y despues almuerzo.

—¿Cuánto le cuesta el almuerzo?

—Seis, siete cuartos.... segun.... Ahi en una fonda.

—Será en un bodegon, vamos.... Pero, ¿y cuando no cuenta usted con un maravedí?

—Suelo dejar en prenda el chaleco.

—¿Y trae usted ahora chaleco?

—Psit.... no.... hoy ha picado el sol de firme.

—Ya entiendo.... ¿y cuántas camisas tiene usted?

—Una y me basta.

—Pues, ¿y cómo es que la veo blanca?

—En verano se seca pronto; me lavo la cara y la camisa á un mismo tiempo. Y en invierno como no se suda tanto, doy un paseo al rio.

—Disimule mi curiosidad; ¿no ha estado usted nunca preso?

—Oiga usted, ¿soy yo algun pillo? Sepa usted que yo ni robo pañuelos, ni conozco alguaciles.

—Pero, hombre, dígame usted ¿de qué vive? ¿quién le viste?

—Los amigos como usted, me dan, y no lo cuentan á nadie.

—Lo entiendo, y será servido.... Pero, respóndame con franqueza: ¿No le han recogido nunca en las casas de beneficencia, ni las autoridades le han preguntado jamás esto que yo le pregunto?

—¿Qué son casas de beneficencia?

—El hospital, la misericordia....

—Ni he pisado, ni quiero pisar, ni nadie me ha llevado nunca á esas malditas casas. Y dígame ¿quiénes son, ó qué es eso que usted llama autoridades?

—Una autoridad es un juez, el gefe político, etc.

—¡Ah! sí conozco á su hijo, que canta; sí, si le co-

nozco, pero no sabia que su padre se llama autoridad, sino el gefe político.

—Vamos á ver, ¿y presume usted á llegar á ser gefe político?

—Bien puede ser, y aun creo que tendré coche, como él, y me abonaré al teatro, iré al liceo, y me acostaré muy tarde, y viviré....

—¿Dónde, Dieguito?

—¿Dónde? en un palacio.

—¿Y entonces se casará usted, eh?

—¡Cah! no! las mugeres le obligan á uno á ir con ellas del brazo, y mi gusto seria salir á caballo con mi Jokey detras.

—Dieguito; ¿no recuerda usted que le falta un boton en la única y raída levita que mereció á la caridad pública, y que no sabe dónde se albergará esta noche?

—Caballero, ni me comerán los lobos, ni usted me ha dado la levita.

—No se enfade usted.... y dígame: ¿si usted tuviera padres, les querria mucho?

—Segun y conforme....

—Bien se vé que no los ha conocido usted nunca... ¿y si fuese usted primo de algun marques?

—¡Oh! entonces si que daria por él mi vida y viviríamos juntos.... pero, caballero, usted habita lejos del centro, estos barrios son muy estraviados y melancólicos.

Ocupados ambos en esta conversacion, para mi triste y penosa, y para el buen don Dieguito completamente indiferente, llegué á mi casa, y asi que hube dado los aldabazos, me cogió del brazo y me dijo con mucho misterio y con cierto aire de altivez:

—Caballero. Espero que no cuente usted á nadie lo que le he dicho en confianza, porque mis amigos me abandonarían.

—Dieguito, descansen usted, yo callaré lo que convenga callar, y.... (alargándole la mano) tome usted un duro, le dije, para pagar la posada.

Apenas oyó este ofrecimiento, apretó la moneda y mi mano á un tiempo; pero luego que se apoderó de la primera, soltó la segunda, y dándose un arrogante tono de aristócrata, me dijo «abur» y volvió pies atrás sin precaucion ni temor, cantando á *sotto voce* el vulgarizado, *Quel cor tradisti*.... Desde aquella noche ya no he sabido mas del desgraciado Dieguito.

Aqui tienes, amigo mio, la singular aventura que queria contarte, y ahora quiero me digas tu parecer sobre ella.

En verdad, contesté, que bien merece ocupar la atencion de los hombres pensadores y humanitarios, la ocurrencia de don Dieguito. Este jóven, abandonado á sí mismo, sin guia en la sociedad, sin una mano protectora que le detenga en su estraviado camino, poseido de dos malas pasiones, el *lujo* y el *amor de sí mismo*, ese jóven me parece un eslabon en la cadena de las categorías sociales; un sér humano sin nombre propio; un vicho que se asemeja al *granuja* pero que

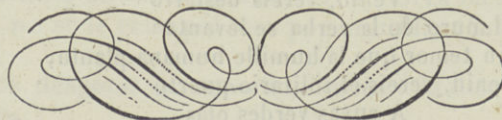
parece un *pilluelo*; un compuesto de antigua ignorancia y de moderna civilizacion; una mezcla infecta y anómala de hábitos buenos y malos, de amabilidad y altanería; un asomo de democracia con instinto aristocrático. El proletario que aspira á un título de marques; el mendigo que no pide por amor de Dios; el pobre que se engalana con la librea del rico; el poderoso que desprecia al necesitado; el republicano que no conoce quién sea la autoridad, y que constituido en autoridad no respeta al republicano; el hombre del pueblo que busca el lujo, y no quiere trabajar; el ambicioso que solo mira el término de sus afanes y descuida los medios; y, en una palabra, Dieguito; es un peñasco que arrojado desde la cima de un monte, es casi imposible se detenga en su descenso y deje de rodar hasta el abismo.

¡Pobre Dieguito! exclamó mi compañero; ¡cuán funesto es tu destino! Mañana serás hombre, y esta sociedad que no te educa, ni te da abrigo siquiera; que no te saca de la nulidad de tu cuna; que no te procura de ningun modo tu bienestar; esa misma sociedad reclamará mañana amparo y proteccion, si *tu osadía* llega á encumbrarte y ponerte en lugar distinguido. Pero ¡ay de tí! que esos hombres que hoy no enfrenan tus pasiones, ni te dan á conocer la ley y la autoridad, ni te dan pan, ni trabajo, ni calzan tus pies, ni abrigan tus carnes, ni te separan de ejemplos perniciosos, ni evitan tus necesidades; esos hombres por cuyo lado pasas como un perro sin dueño, si llegas á corromperte, si la ambicion te ciega, y acometes, y delinqués.... esos hombres gritarán: «¡¡¡Dónde está el vengador de la sociedad!!!... Venga el verdugo y libértela de ese *jóven perdido*.» ¡Pobre Dieguito! verás entonces como la primera mano que se tiende hácia tí, es la del ejecutor de la justicia para subirte á un cadalso (3).

Al llegar aquí, la emocion no me dejó continuar; mi compañero, naturalmente alegre y distraido, no pudo contener algunas lágrimas, que ví rodar por su rostro; y mudos y silenciosos, llegamos al fin de nuestro *nada deseado* viage.

¿Será del agrado de mis lectores este apunte que á la ventura he entresacado de los muchos que contiene mi cartera?

Jaime Ample Fuster.



(3) Repetimos que semejante aventura no debe haber ocurrido en España.

A CARTAGENA.

FRAGMENTOS DE UNA ODA.

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa.

RIOJA.

De la soberbia cumbre
Del áspera montaña, y eminente,
Que ilumina del sol la roja lumbre
Al sepultarse en fúlgido occidente,
Contemplo de mi patria las almenas
Del tiempo carcomidas,
Y las del mar azul ondas serenas
Que yacen adormidas
En calma inalterable
Besando el alto monte inespugnable.

Salud, ruinosos muros,
Cuya severa frente suspendida
Encima nuestros hálitos impuros
Es un recuerdo de ambición perdida,
Página triste de la horrenda historia,
De las miserias de la humana gloria.

Del tiempo vil estrago
Fueron tus muros y tus hijos fueron,
Ni te valió ser hija de Cartago,
Ni el esplendor potente que te dieron
Romanos que te honraron y vencieron.

Venid, ¡oh! poderosos de la tierra,
Que haceis de la miseria los cimientos
Sin temor que la humille humana planta;
Y mirad este polvo do se encierra
De treinta siglos de poder sedientos
La ambición desmedida
A miserable polvo reducida.

Los que haceis de la sangre del hermano
El dorado escabel de vuestro trono,
El estrago mirad y el abandono
Del que se alzaba ayer de gloria ufano.

Venid, vereis desierto
El muro do la yerba se levanta
Sin temor que la humille humana planta;
Venid, vereis el solitario puerto
A cuyas verdes olas
Dieron sombra las naves españolas.

¿Qué resta ya de su opulencia altiva?
Una escondida historia
De virtudes y crímenes preñada....

Trocado en llanto de infeliz cautiva
El cántico marcial de la victoria,
Y del mundo olvidada
La que ayer se juzgaba eterna gloria.

¡Oh! soledad, ruinas silenciosas,
Montes agrestes, plácida colina,
A cuya sombra se mecía mi cuna:
Do las horas pasando presurosas
Se llevaron mi infancia y mi fortuna:
Vuelvo á vosotras cuando el sol declina
También como vosotras destrozado,
Su último rayo pálido ilumina
El yerto cuerpo de vivir cansado,
La frente que al sepulcro ya se inclina.
El hado lo dispuso;
A vuestros pies cayendo
Como una piedra en el monton confuso
Nuevo polvo añadiendo
A la ruina silenciosa, oscura,
Sucumbirá de Dios la criatura.

Así, bellas ciudades,
Como ambiciones áridas perecen,
Y mustias soledades
Y silencio y ruina nos ofrecen
Las de ayer opulentas sociedades.
Cual débil caña que arrastró el torrente
Cayó en Babilonia
La ambición de Semíramis valiente.
Del brazo omnipotente
De Alejandro inmortal de Macedonia
Recuerdo apenas conservó el Oriente.

¿Qué Faraon no halla
Las ondas de algun mar alborotado?
¿De qué Palmira el tiempo despiadado
La cerviz no avasalla?
Si mi voz poderosa
Fuera á llegar á vuestro seno ardiente,
Babeles de esta edad presuntuosa,
De Cartago la imagen lastimosa
Os hiciera presente.

Apague la ambición en vuestro pecho
De heridas ambiciones el estrago;
Y Londres y Berlin, París, Viena,
Contemplan de Babel al fin desecho
El titánico muro, y de Cartago
Las torres sepultadas en la arena.

Fernando Garrido.

Madrid 1849.



LOS PROSCRIPTOS.

Novela escrita en francés por Mr. Carlos Nodier.

(Continuacion.)

V.

LA ISLA DESIERTA.



¡... en la soledad recobra el alma su primer sello y temple, perdidos con el roce de sus semejantes; pero aquella es una amiga que no le basta; tan solo la buscamos en la adversidad, y cuando el mundo nos prohíbe su grata comunicacion. La sociedad es el estado natural del hombre: este no ha nacido para vivir en completo aislamiento, como las fieras del desierto, sin tener otras relaciones que sus necesidades, ni mas intereses que el de su existencia; blasfema y deshonor á la humanidad todo aquel que ha pretendido sostener esa dolorosa doctrina; es un sofista que habla contra lo que le dicta su razon.

Fuera dichoso en mi soledad un momento antes; empero ya se habrian borrado rápidamente mis sensaciones y hallara un vacío en mi corazón.

Los únicos goces verdaderos son aquellos susceptibles de compartirse; la dicha se multiplica, multiplicando los vínculos. Causa mas llanto en la tierra al morir el que ha sido verdaderamente mas feliz.

Me he representado muchas veces un hombre arrugado por la tempestad en las playas de una isla desierta, separado de sus semejantes y sin esperanza de volver á verlos.

Representóseme caminando tristemente por aquellas desiertas playas, temiendo tender la vista por sus llanuras incultas, que jamás ha fertilizado una mano industriosa.

Mírolo permanecer en pie contemplando la inmensidad de los mares; y al reflexionar el poderoso obstáculo que le separa de sus objetos mas caros, escaparse de su pecho un suspiro de dolor.

Imaginóse á veces divisar allá en el horizonte un baje que desplegó sus velas; sus ansiosas miradas fijanse en él, teme se pierda de su vista, retiene el aliento y recostado sobre la tierra, espera... vacila.... ora.... y cuando aquellas fantásticas imágenes son desvanecidas por el sol en su ocaso, él lucha por retenerlas mas tiempo: triste efecto del error que le seduce.

La arena sirvele de papel para imprimir un recuerdo y con una rama aguzada con dificultad escribe en ella el nombre de las personas que le dieron el ser,

el de sus amigos, el de su querida, perdida para siempre.

Aquella memoria tan querida le entretiene de continuo, pronuncia en voz alta tan venerados nombres, y cree oírles contestar, cuando el eco repite sus palabras.

Cesa su agonía, y un profundo sueño sucede á su violento estado; la agitacion de sus pensamientos quedó en calma por algunas horas; pero al despertar, vuelve á llamar á objetos tan amados. Durante aquel, soñaba hallarse en el seno de su familia inquieta, contempla el llanto de su querida hermana y aun le parece que su megilla humedece su pecho. Tambien él llora; pero sus lágrimas riegan la tierra... ¡Está solo!

Súbito considérole reclinado sobre la ardiente arena fatigado por el dolor, sufriendo los padecimientos de una lenta agonía; sus megillas hundidas por la enfermedad, sus ojos sanguinolentos, y el estertor de su pecho, indica la pena de su respiracion. Un aliento abrasador despiden sus labios, secados por ardiente sed, y al conocer extinguidos los resortes de su existencia, dirige su mirada inquieta á su alrededor, buscando la de un amigo, que duda encontrar.

Un amigo le hubiera preparado un lecho de musgo, le hubiera exprimido en su copa el zumo de plantas saludables, le hubiera ocultado con su propio vestido á los ardores del sol y librado de la frescura del rocío. Un amigo, con sus solícitos cuidados, mitiga las congojas de la muerte; empero él está solo.

Aceléranse los latidos de su corazón... se interrumpen... se detienen... hierve su sangre, y helada despues queda sin movimiento en sus venas; sus párpados tiemblan y se cierran. Tengo sed, dice, y espira sin que nadie le responda.

(Se continuará.)

Pensamientos.

Si quieres ser independiente, no contraigas deudas. (Voltaire.)

La danza no se diferencia de la locura, sino en que no puede durar tanto. (Alfonso de Aragon.)

La tinta de los diplomáticos se borra fácilmente si no se le echa pólvora por arenilla. (Salgues.)

Los déspotas no son aficionados á la discusion. (Idem.)

Un poder odioso no puede ser durable. (Séneca.)

TEATRO.

REVISTA CRITICA.



COMPARAR nuestro repertorio á un relox de *repetición*, seria una alusion personal al encargado de darle cuerda; decir que los abonados se quejan esta semana de poca novedad en las funciones, valdrá tanto como enarbolar bandera negra: callando, faltamos al público, y hablando, sobramos al formador. Viva nuestra imparcialidad ante todo y sobre todo: *fiat justitia et ruat cælum*. Haz lo que debas, y venga lo que venga.

Después de este saludable aviso, principiámos nuestro parte semanal, elogiando el distinguido comportamiento del Sr. Fernandez, bien digno de ocupar la primacía tanto por su buen tino en la elección de piezas, como por su mejor gracia en ejecutarlas. Con todo, ya que se muestra demasiado cruel con sus cofrades en la representación de *Por no escribirle las señas*, permitanos que lo seamos también algo al recomendarle ponga un bemoal á su cólera, ó un sostenido á su propiedad; porque el tono de la pieza, si no nos engañamos, debe ser el natural, y no otro. En *las tramas de Garulla* es otra cosa: allí conviene un Proteo en acción, un mapa personificado, la gracia multiplicada por cuatro, el Sr Fernandez que lo es todo, y satisfizo á todos. Dentro de pocos días, según sabemos de buena tinta, verá la luz escénica una zarzuela compuesta por el mismo actor, quien seguramente nos prepara un buen rato en la tal *Venta del Puerto*.

El Sr. Lombía ha representado muy bien el personaje de *César, ó sea el perro del Castillo*, y no tan acertadamente el de Bernardo, protagonista de la aplaudida comedia *No mas mostrador*. Lo repetimos sin que esto sea alusion á nuestra escena; papeles en que la edad haya de representar por sí sola la gallardía de la primavera, no sientan bien á las facultades de nuestro inteligente director de compañía. También tenemos entendido que se está ensayando ó preparando por lo menos, la representación de *El sitio de Zaragoza*, drama en tres actos y un prólogo, compuesto en verso por aquel actor. Si la simple lectura nos conmovió ¿por qué no le hemos de augurar un buen éxito? Procure el Sr. Lombía que se ensaye bien la parte de espectáculo, y su drama será aplaudido.

La obra del café sigue adelante con mas rapidéz que la de la fachada de nuestro teatro. Los dulces y las bebidas del Sr. Laurence ocuparán bien pronto el sitio que llenaba la contaduría; aviso á los ociosos que serán dignamente servidos, si lo pagan.

Los hermanos Dardanelos están buenos, el equilibrio europeo así, así, la literatura algo barbarizada, el drama ya sale á pasear, los escritores *pululan* como dijo el otro, y yo me dejo la pluma y mil cosas revueltas en el tintero para ponerme á pensar un rato sobre la ley de imprenta.

C. Pascual y Genís.

BIBLIOGRAFIA.

POBRES Y RICOS O LA BRUJA DE MADRID, novela de costumbres sociales, original de D. Wenceslao Aygüals de Izco.—El pensamiento filosófico y moral que predomina en la obra que hoy anunciamos, lejos de abarcar tendencias fraticidas y disolventes, es de paz y reconciliación.

Ninguna de sus páginas ofenderá el rubor del bello sexo, y las almas sensibles aprenderán sin duda á ser cautas en la historia de unos amores vehementes, contrariados por humanas preocupaciones.

El autor ha procurado que el argumento de esta novela inspire creciente interés á toda clase de lectores, desarrollando las consecuencias de una fogosa pasión, é infiltrando en las tiernas evoluciones de la fábula, los verdaderos principios de un racional socialismo, capaz de reconciliar al hombre con el hombre.

PARLE MATERIAL.

La parte tipográfica será de un lujo inusitado hasta el día, superior aun en sumo grado al que se desplegó en la primera edición de la historia-novela *Maria; la hija de un jornalero*; pues además de los grabados que alternarán con el texto, se regalarán por separado láminas coloreadas de todas las principales escenas A LOS QUE SE SUSCRIBAN SIN DEMORA. Se estrenará una elegante fundición, y tanto ella como el papel y dimensiones de las páginas serán iguales al prospecto. Al final se regalará también el retrato del autor grabado en acero, y un guion para la colocación de las láminas. Se repartirá una de estas preciosas láminas sueltas cada cinco ó seis entregas.

LAS ULTIMAS ENTREGAS CONTENDRAN LA BIOGRAFIA DEL AUTOR.

Cada entrega constará de 16 grandes páginas ó sean dos pliegos en 4.º marquilla, papel avitelado y lustroso, con su correspondiente cubierta.

La parte de ilustración se ha confiado á la inteligencia de los acreditados artistas D. José Vallejo y D. Vicente Urrabieta, exclusivos autores de los dibujos.

Toda la obra constará únicamente de dos tomos de proporcionadas dimensiones.—La primera entrega está de manifiesto en la imprenta de D. José Mateu, plaza del Embajador Vich, núm. 12.—*Precio*: á pesar del excesivo lujo de la edición, cada entrega solo costará *dos reales en Madrid, y dos y medio en las provincias* con el correo franco.

EL MENSAGERO DE LOS TRIBUNALES. Este periódico sale los lunes y jueves desde el 4 de octubre. Los señores que hayan recibido los números 1.º á 3.º y el Suplemento al núm. 3, y gusten suscribirse, podrán dirigirse á la citada imprenta, donde se admiten suscripciones á 20 rs. por tres meses.

Imprenta de D. José Mateu Garin.